

Pensamientos del Jueves

abril 3, 2020

Seguramente muchos lectores conocen por la liturgia de la Semana Santa, que se celebra normalmente la semana que viene, los relatos evangélicos de la Pasión de Nuestro Señor, pero puede que no hayan pensado en cuántos de los diversos momentos de la Pasión pueden aplicarse a la situación de los católicos de hoy. Tomemos por ejemplo el cautiverio de Nuestro Señor en el Huerto de Getsemaní. Dijo muchas cosas, cada una de las cuales es un mundo en interpretación.

El jueves por la noche Jerusalén está llena de peregrinos de Judea, Galilea y la Diáspora, y hay una tensión eléctrica en toda la ciudad porque todas personas importantes están allí para la gran fiesta de la Pascua, y la tensión se centra en torno a Jesús. Él es muy amado por sus Apóstoles y discípulos y por el gran número de personas a las que ha enseñado, sanado, consolado y ayudado en los últimos tres años de su ministerio terrenal. Por otra parte, parece que las autoridades religiosas del Templo, los sumos sacerdotes y los escribas y fariseos, lo desaprueban severamente, y lo quieren absolutamente fuera del camino. ¿Qué ha hecho mal? ¿Y qué le van a hacer? La ciudad entera habla de Jesús.

En esta atmósfera tensa ha celebrado la Última Cena con sus Apóstoles, añadiendo extrañas pero inmensamente serias ceremonias a las del Antiguo Testamento, y hablando como si estuviera a punto de dejarlas. Envía a Judas Iscariote a su camino, y luego los otros Apóstoles lleva al Huerto de Getsemaní. Están asustados e inquietos, pero Pedro está listo para luchar, habiendo traído una espada con él. Jesús deja atrás a ocho de los once, llevando a Pedro, Santiago y Juan aún más adentro del olivar, donde les pide que oren, advirtiéndoles que si no lo hacen, la tentación puede atraparlos. Luego los deja también atrás, y reza solo su terrible agonía en tres partes, encontrándolos dormidos cada

vez que se reúne con ellos. Finalmente Judas Iscariote trae a la Guardia del Templo para arrestar a nuestro Señor, lejos de la gente que se arriesgó a protegerlo, y lo traiciona con un beso. Pedro se enfurece, saca su espada, y en defensa de su amado Maestro le corta la oreja a un sirviente del Sumo Sacerdote, sólo para que Jesús le diga que baje su espada. Jesús da tres razones.

En primer lugar, "Todos los que toman la espada perecerán por la espada". Nuestro Señor no debe ser el bribón de los bastos, sino el Rey de Corazones, en la lucha esencialmente espiritual por la salvación eterna de las almas. Esto no puede hacerlo por medio de la violencia que sólo engendrará contra-violencia. En segundo lugar, de manera similar, "¿Creéis que no puedo apelar a mi Padre, y que Él me enviará inmediatamente más de doce legiones de ángeles?" Obviamente, el Creador del universo tiene una amplia fuerza física para derrocar ejércitos enteros de enemigos de Su Hijo, pero no es así como ganarían almas, al contrario. La fuerza superior sólo alienaría a las almas físicamente aplastadas por Dios. Y en tercer lugar, "¿Cómo entonces deben cumplirse las Escrituras, para que sea así?" El plan de Dios, consignado en la Sagrada Escritura, ha sido desde toda la eternidad que Jesús llegará a las almas (una minoría) ¡siendo Él mismo aplastado! ¡Jesús ganará siendo, como decimos hoy, al menos en apariencia, un "perdedor"! En este punto es Pedro quien "pierde", y en total incomprensión de su amado Maestro, huye, seguido por los otros diez Apóstoles.

Como muchos varones Tradicionalistas de hoy en día, Pedro es un hombre de hombres. Es "macho". No le falta nada de fe o valor o devoción a su divino Maestro, pero ha dormido en lugar de orar en el Huerto. Si hubiera rezado en lugar de dormir, sus pensamientos podrían haber sido divinos en lugar de humanos, demasiado humanos, y podría haber comprendido que Jesús marchaba a un nivel mucho más alto que el de Pedro, por muy valiente y devoto que fuera Pedro. Por liberalismo o

sedevacantismo, los católicos hoy en día no sólo cortan una oreja de uno de los sirvientes del Sumo Sacerdote, sino que cortan la cabeza del propio Sumo Sacerdote por medio de una suave cuasi-herejía o un duro cuasi-cisma. ¿Pero no nos ha advertido nuestro Señor mismo que su Iglesia también ganará perdiendo? En el fin del mundo (Lucas XVIII, 8), ¿no habrá casi desaparecido? Misterio . . .

Kyrie eleison.